

por haber alcanzado misericordia, y haber purgado sus culpas en el lugar de la expiacion! ¡Cuán aventurado es juzgar á las criaturas! Entonces todo nos será visible: todo aparecerá tal cual es, y veremos las devociones falsas, y las limosnas hechas con mas vanidad que caridad. En aquel dia, en una palabra, se harán públicos hasta los últimos pensamientos de las criaturas. Para que comprendais toda la confusion del alma pecadora en aquel terrible dia, yo os haré mas claro con un ejemplo lo que es la pública manifestacion de las conciencias. Si á cualquiera de vosotros, los que ahora me estais escuchando, viniese un ángel, y tomándoos de la mano, os presentase ante todo este auditorio, delante de ese altar ó en este púlpito, y levantando su voz fuese declarando uno por uno todos sus pecados y hasta sus mas ocultos deseos y pensamientos, ¿cuál seria la confusion de cualquiera de vosotros que fuese el elegido para esta prueba? ¿No es verdad que quisierais que en el mismo momento se abriese la tierra y os tragase? Consíderese en este estado cada uno de los que me escuchan, y recordando sus mas vergonzosos vicios, verá cuál seria su vergüenza y confusion. Pues esto que ahora es una suposicion será una triste realidad en el dia del juicio final. Allí nos presentaremos con todos nuestros pecados, no ante una familia, no ante un pueblo, sino ante todas las generaciones de todos los pueblos de la tierra.

¡Cómo nos presentaremos nosotros, Dios de piedad! Nos amedrentamos ciertamente al recordar esta manifestacion general de las conciencias, y mucho mas al recordar vuestra presencia en aquel lugar. No aparteis vuestra vista de nosotros, y ahora que estamos en tiempo, dadnos vuestra gracia, á fin de que lloremos

amargamente nuestras pasadas infidelidades, y que practicando en adelante las virtudes cristianas, y haciendo saludable penitencia, nos encontremos en aquel dia hermosos y resplandecientes entre los bienaventurados. Así esperamos alcanzarlo mediante vuestros auxilios que humildes y arrepentidos os suplicamos.

Veamos, señores, la escena que ha de tener lugar en el valle de Josafat. El Hijo de Dios, rodeado de toda su magestad y grandeza y cercado de los espíritus angélicos, se dejará ver en aquel dilatado campamento, precedido de la santa cruz y trayendo á su lado á la Santísima Virgen, y se presentará llevando en sus manos el libro de las conciencias y la vara de la justicia. Cristianos, fijad vuestro pensamiento en aquel dia y confesad la omnipotencia, la sabiduría, la eternidad de Dios. Grandes de la tierra, á vista de este espectáculo terrible. ¿qué es vuestra grandeza? ¿Qué son vuestros honores? ¿Dónde estará entonces vuestra vanidad y soberbia?... ¡Ah! No apartemos nuestra imaginacion de tan interesante objeto. Los ángeles se prepararán á cumplir los designios de la Providencia: no es justo que el pecador penetre en la morada de la santidad, ni que el justo esté confundido con los malvados: no parece conveniente que la humildad esté reunida con la soberbia; la obediencia con la desobediencia; la castidad con la sensualidad. Es preciso que haya una separacion eterna y ved lo que hacen los ángeles: separan al monarca justo del injusto y azote de sus pueblos; al sacerdote santo, del escandaloso; al padre virtuoso del hijo ingrato y rebelde; al esposo fiel de la esposa adúltera. ¡Ah! pero abreviemos: las ovejas serán todas separadas de los cabritos, es decir; los justos quedarán á la mano derecha del Juez

eterno y los pecadores á su izquierda. *Et statuet oves quidem á dextris suis, hædos autem á sinistris.*

¿Qué es lo que falta ya á aquel cuadro para unos de tanta ventura y de tanta infelicidad para otros? ¡Ah! falta tan solo escuchar la sentencia del soberano Juez; falta escuchar aquella voz omnipotente, que va á decidir de la suerte de la humanidad. Escuchadla, cristianos, pues que ella no se hará esperar. Atended, pecadores, y temblad por vuestra suerte. No dejaré de pronunciar ni una sola palabra de las que nos dice el Evangelio. Dirigirá el Señor su mirada amorosa á su derecha, y dirá á aquella multitud, que llena de regocijo espera escuchar el eco de su voz divina: «Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me hospedásteis, desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitásteis en la cárcel y me vinisteis á ver.» Entonces le responderán los justos y dirán: ¿Cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, ó sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos huésped y te hospedamos; ó desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel, y te fuimos á ver? Y respondiendo el rey les dirá: «En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí me lo hicisteis.» Despues volviéndose á su siniestra mano, dirá á aquellos otros: «Apartaos de mí, malditos al fuego eterno que está preparado para el diablo y para sus ángeles; porque tuve hambre y no me disteis de comer; sed y no me disteis de beber: era huésped y no me hospedásteis; desnudo y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitásteis.» Entonces ellos tam-

bien le responderán: ¿Cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: «En verdad os digo, que cuando no lo hicisteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí me lo hicisteis.» En aquel mismo momento irán estos al suplicio eterno y los justos á la vida eterna. *Et ibunt hi in supplicium æternum, iusti autem in vitam æternam.*

Tal es, mis amados hermanos, el cuadro del juicio universal, como nos lo presenta San Mateo en el Evangelio de este día. No es una pintura puesta en los libros santos para atemorizar á los cristianos: es sí una realidad; es una verdad que hemos de presenciar y ver por nuestros propios ojos; aunque el Evangelio no lo manifestase, la misma luz de la razón así nos lo hace comprender. Cuando ha hablado Dios, cuando el Evangelio afirma un hecho, demas están todas las pruebas que á continuacion quisiéramos presentar. Pero no obstante, un argumento de razón deseo presentaros. ¿Existe un Dios? Nadie lo duda. ¿Puede la justicia apartarse de Dios? Bajo ningun concepto, puesto que la justicia es uno de sus atributos. ¿Es cierto que impuso una ley al hombre, que entregó á Moisés, para que la hiciese observar; ley que su Divino Hijo vino á perfeccionar? Es constante. ¿Y quién podrá dudar que así como hay muchos observadores de la ley santa de Dios, hay tambien otros muchos que la desprecian, y viven encenagados en los vicios que aquella condena, y que mueren envueltos en sus mismos placeres? Pues ahora bien. ¿Seria justicia en Dios dar el mismo premio al justo que al pecador? De ningun modo: luego si Dios es la misma justicia, necesariamente tiene que juzgar á las criaturas, para darles el premio ó castigo á que

se hubieran hecho acreedoras por sus buenas ó malas obras. Y teniendo nosotros los católicos un conocimiento tan exacto de esta verdad, ¿cómo es que vivimos tan descuidados? ¿Cómo no nos preparamos por todos los medios posibles, para que si la muerte nos sorprende, como puede suceder, cuando menos en ella pensemos, no demos con nuestra perdición eterna? Ciertamente que esta es la mayor entre todas las demencias.

Yo confieso, señores, que al pensar en que tengo de ser juzgado por un Juez tan recto y justiciero, tiemblo de espanto al contemplar los grandes deberes que me han sido impuestos por mi sagrado carácter de ministro del Señor, y me parece verle delante de mí diciéndome: Es verdad que ofrecistes el sacrificio de mi cuerpo y sangre; pero no con la pureza con que debias hacerlo; ocupastes la cátedra sagrada y predicastes mi Evangelio á las gentes; pero no lo hiciste con el celo que debias, y á veces buscaste tu gloria mas bien que la mia: ocupaste el tribunal de la penitencia, á donde los fieles acudian á lavarse de sus culpas; pero á veces lo hiciste de mala gana, y por no detenerte no reprendiste y amonestaste cual debias á los penitentes. Todo esto es verdad ¡oh Dios de mi corazón! y á esto tengo que añadir mil miserias; pero espero en Vos, que sois fuente de toda gracia, que aceptareis mis lágrimas y mi dolor, y usareis de vuestra infinita misericordia.

Católicos oyentes, vuestra salvacion me es muy interesante, porque yo deseo lo mismo que desea el que me envia á vosotros á anunciaros las terribles verdades que habeis oido, la conversion de uno de vosotros seria para mí la mayor gloria: por salvaros daria gus-

tosos mi vida, pues seria el mayor obsequio que yo podria hacer á Jesucristo. Por sus entrañas purísimas os exhorto á que entreis dentro de vosotros mismos, á que examineis vuestras conciencias con el mayor detenimiento, y veais si estais preparados para presentaros ante el tribunal de la Divina Justicia, y si conoceis que estais manchados por culpas de que no os habeis confesado, ahora estais en tiempo: mañana tal vez no lo estareis.

Tiempo aceptable es este. ¿Y lo dejareis pasar? ¿Y no os volvereis al Señor? La memoria del terrible juicio que hizo estremecer á los mas encanecidos anacoretas, é hizo temblar á los mas rígidos penitentes, ¿no hará en vosotros ningun efecto? ¿No será suficiente para obrar vuestra conversion á Dios? ¿Deseais que el dia del juicio sea para vosotros el dia de vuestra exaltacion ó el dia de vuestra eterna confusion? Deseais decir como los escogidos: hemos acertado en obrar bien; en ser castos, humildes y obedientes, en despreciar las vanidades y locuras del mundo, y en seguir á Jesucristo crucificado; ó deseais igualar vuestros lamentos con los de los réprobos que esclamarán de este modo. Hemos errado el camino de la verdad.... Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición: ¿De que nos aprovechó la soberbia? ¿Qué bienes nos ha traído la jactancia de las riquezas? Todo aquello pasó como sombra y como mensajero que va corriendo (1).

No permita el Señor que tales lamentos salgan de

(1) Erravimus á via veritatis... Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis... ¿Quid nobis profuit superbia? ¿aut divitiarum jactantia quid contulit nobis? Transierunt omnia illa tamquam umbra, et tamquam nucus percurret. Sap. cap. V. v. 6, 7, 8 y 9.

nuestros lábios: no permita su misericordia infinita que nuestro puesto en el día del juicio sea á su siniestra mano, porque entonces nuestras esperanzas y clamores serán como la pelusa que lleva el viento, ó como la espuma delgada, que se esperece por la tempestad: ó como el humo que disipa el aire, ó bien como la memoria del huésped en un día que pasa, valiéndome de espresiones bíblicas (1). Quiera Dios, que nuestra suerte sea la de los justos que para siempre vivirán, y su recompensa está en el Señor (2).

Arbitros sois ahora de escoger: si como creo desais veros en el día del juicio á la diestra del Juez Eterno, reconciliaos con él por medio del Sacramento de la Penitencia, y lavad vuestros pecados con limosnas, ayunos y penitencias. Orad, y orad continuamente para libraros de caer en las asechanzas del enemigo. Trabajad en la obra de vuestra santificacion obrando el bien, cerrando vuestros oídos á los halagos del mundo corrompido y huyendo de los caminos de la perdicion. Aplicaos al cumplimiento de la divina ley, y de este modo confiad, mis hermanos, en que sereis del número de los escogidos. Confiad, digo, en nuestro Dios, pues que si es justiciero, tambien es un Padre lleno de misericordia. El aceptará vuestro arrepentimiento y vuestras lágrimas, y estendiendo hácia vosotros sus brazos amorosos, os estrechará contra su corazón paternal. Bien sabeis que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva. Llorad

(1) *Spes impii tamquam lanugo est, quæ à vento tollitur: et tamquam spuma gracilis, quæ à procella dispergitur: et tamquam fumus, qui à vento difusus est: et tamquam memoria hospitii unius diei prætereuntis. Ibid. v. 15.*

(2) *Iusti autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum. Ibid. v. 16.*

vuestros pecados, y para alcanzar pronto perdon de todos ellos, tomad por intercesora á la Reina de los Angeles; á esa purísima Vírgen, que Jesucristo nos dejó por Madre en el árbol de la cruz. ¡Ah! ¡Y qué dispuesta se halla siempre para acoger bajo su manto al pecador arrepentido! Ella nos alcanzará el perdon, ella nos conseguirá la gracia de bien morir, para que nuestra suerte en el juicio sea la de los santos.

Dulce Jesus de nuestras almas: sabemos muy bien lo mucho que os habemos ofendido: nuestros pecados claman castigo y siempre los tenemos ante nuestros ojos. ¿Pero no usásteis en todo tiempo de misericordia con los que á Vos llegaron arrepentidos de sus culpas? Pues nosotros os suplicamos postrados ante vuestros piés, y os suplicamos por la intercesión de vuestra Santísima Madre, á quien no negais gracia alguna, que nos deis vuestros especiales auxilios, para que salgamos del estado miserable de la culpa, y quedemos con Vos reconciliados, á fin de que cuando aparezcamos en vuestra presencia en el día del juicio final, tengamos la dicha de oír de vuestros santísimos lábios estas consoladoras palabras: *Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi. Venid benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo. ¡Oh Señor, así sea, así sea!!!*